

En el Corazón de Cristo siempre

CENTENARIO DEL NACIMIENTO

Luis María Mendizábal Ostolaza, S. J.

1925 – 2025

AGOSTO

*Vocación al Matrimonio:
La Universidad del Amor*

ÍNDICE

1.- Adelante	4
2.- Vivir de veras con Cristo Vivo	6
3.- Transparencia de un corazón: Familia Cristiana	8
4.- Textos escogidos	11
4.1.- Virtudes de la Sagrada Familia	
4.2.- El misterio del amor	
4.3.- El matrimonio, misterio de amor	
5.- Santo del Mes: San Pedro Fabro	57
Oración para la devoción privada	61

1.- ADELANTE

- 150.** El 'yo' no es algo abstracto, sino que cada uno tiene el suyo. Tener como fondo ser el último, el mínimo, el ínfimo (san Pedro Fabro). ¿Qué voy a decir si soy el mínimo?, ¿qué voy a pedir?
- 332.** Sé buena con el Señor y Él cuidará de los tuyos.
- 359.** El Señor quiere a tu familia más que tú.
- 448.** (Cuidar la amabilidad en los gestos). Tu cara no es tuya, es de los demás. A los cuarenta años, uno es responsable de su cara

662. ¿Para fortalecer y avivar la comunión con Cristo, entre nosotros y con los demás? Más adoración, más contemplación y más confianza en que detrás de todo está el Señor... y todo es para nuestro bien (*cf. Rom 8,28*).

2.- VIVIR DE VERAS CON CRISTO VIVO

10.30. Lo que hace una casa (...) acogedora es la sonrisa verdadera de las personas que lo viven, en esa entrega pronta, generosa, gozosa. (...)

O sea que el lema de Nazaret era ese:
trabajar yo para que los demás puedan descansar;
privarme yo para que los demás puedan tener;
velar yo, madrugar yo, para que los demás puedan descansar.

Para mí lo peor, para ellos lo mejor.
En lo agradable, primero ellos, luego yo;
en lo desagradable, primero yo, después ellos.
(Ejercicios Sant Cugat 1989, 15ª Med.)

10. 9. El amor matrimonial se alimenta con la Eucaristía. Lo que nosotros recibimos en la Eucaristía es la caridad, pero es la caridad que corresponde a cada uno de los miembros de Cristo. Por lo tanto, la caridad conyugal, la caridad familiar se alimenta con la Eucaristía y se eleva con la Eucaristía, porque es parte de esas ayudas que el Señor nos ha dado para vivir con vigor la vida cristiana. Ahora bien, vivir con vigor la vida cristiana en un matrimonio es vivir con vigor la unión de los esposos. (...)

El vigor de la vida cristiana es el vigor de la vida familiar, donde hay una dimensión oracional —y todo el mundo la tiene—, pero donde hay esa dimensión de la caridad y del amor que la Eucaristía sostiene y ayuda.

(Ejercicios San Calixto 1990, 2ª Med.)

3.- TRANSPARENCIA DE UN CORAZÓN

FAMILIA CRISTIANA

TRANSPARENCIA DE UN CORAZÓN (Págs. 107—108)

Ya en el seno familiar, sus padres se habían esforzado por educar a sus hijos en virtudes sólidas. Le hemos oído contar con emoción y agradecimiento esta anécdota:

«He podido recordar de mi historia personal, yo soy miembro de una familia de diez hermanos, siete hemos sido religiosos, por un don grande del Señor, con la colaboración de unos padres santos. Santos, porque ahí no puede uno menos de indicarlo así. Recuerdo con emoción y viendo la categoría de mis padres, la carta que recibí de mi padre cuando comenzaba los estudios de Filosofía. Y al decirle yo en una carta anterior que había hecho los Ejercicios, que creía que los había hecho muy bien, que creía que habían sido los mejores Ejercicios de mi vida hasta entonces —yo entonces tenía veinte años—, mi padre me contestó: “No puedes imaginar la alegría que nos has dado con tu carta diciendo que has hecho muy bien los Ejercicios, porque es la mejor preparación para los estudios de Filosofía que vas a emprender,

que no son los estudios más aptos para crecer en humildad, sin la cual no podrás llegar a la santidad, a la cual tenemos que tender con mucha, poca o ninguna ciencia”».

Bien sabía D. Benito, su padre, que la ciencia muchas veces hincha e impide la santidad de aquellos que empezaron con tanto entusiasmo a procurarla. Pero su hijo, a pesar de la preparación intelectual que tuvo, como buen jesuita, no se envaneció por ello.

LUIS M^a MENDIZÁBAL SJ. TESTIGO Y APÓSTOL DEL CORAZÓN DE CRISTO (Pg. 25).

D^a Eusebia debió de contribuir mucho en la ternura y veneración que todos los hijos tenían por su padre. Era una mujer muy buena, de profunda y cuidada piedad, delicada, sencilla, abierta, generosa, humilde y de gran fortaleza para sacar adelante a esta gran familia. El matrimonio iba a diario a Misa, siendo ejemplo para sus hijos, pues para ellos lo prioritario era educarlos en la fe. También se rezaba el rosario en familia, incluidas las personas que trabajaban en la casa.

Poco antes de fallecer, refería Conchita Mendizábal que en aquel hogar «se vivía una educación tranquila, nada severa, pero muy recta». Y al hablar de su padre decía: «Cuando bajaba a desayunar, todos revoloteábamos a su alrededor; después él desaparecía en su despacho, seguramente

menos accesible para los niños. Sin embargo, él dedicaba tiempo para estar con la familia».

4.- TEXTOS ESCOGIDOS

4.1.- VIRTUDES DE LA SAGRADA FAMILIA

Homilía día de las familias 28 de diciembre de 2003
Oropesa (Toledo)

Un saludo muy cordial a los sacerdotes concelebrantes: A D. Enrique, hermano de una religiosa, hijo de este pueblo y Vicerrector del Seminario de Toledo. A D. Luis, párroco de La Zarza, que ha querido también venir aquí para participar con nosotros de esta fiesta, con las hermanas que allí, en La Zarza, quieren ayudarle en su ministerio.

Saludo también a todas las familias que habéis venido, padres, madres, hermanos, amigos, que habéis venido en esta Fiesta de la Sagrada Familia, diríamos que «día de las puertas abiertas», para estar con las hermanas que celebran también la fiesta de su familia, de la Sagrada Familia.

Acabamos de leer, escuchar la lectura, por parte del párroco de La Zarza, del evangelio de San Lucas que nos habla de un momento, podríamos decir difícil, de aquella familia. La familia de Nazaret la presenta la Iglesia como ejemplo al que miremos y donde aprendamos las virtudes familiares. Y cuando solemos hablar de ello, en la vida pastoral, suelen decir: pero ni yo soy san José, ni mi mujer es la Virgen María. Eso debía ser muy hermoso, que vivieran así, san José, la Virgen y el Niño Jesús; pero nuestra

familia es distinta. E imaginamos que para aquella familia de Nazaret todo era fácil, sencillo, sin problemas. Y no es verdad. El Papa, hablando en la Encíclica *Redemptoris Mater*, habla de las oscuridades de la fe en la Virgen y nos habla de la fatiga de su Corazón. Y realmente, cuando leemos esas páginas vemos que nos les faltaron problemas, problemas además como tipo de los que suelen pasar en las familias: problemas por parte de fuera, de los enemigos que les hacen huir a Egipto y vivir lo que es una emigración difícil, y vinieron de la emigración, volvieron a Nazaret. Nos hablan también de las dificultades interiores, interiores como son: las dudas de san José, la inquietud sin saber cómo tomar una determinada postura en una condición concreta. Nos hablan también de esta dificultad interior, de ese Hijo tan perfecto, Santo, que les sumerge en un dolor muy profundo. Y esto pues, cuando se vive lo que es la vocación religiosa se revive también.

Muchas veces los padres tienen que preguntar a esas hijas: «Hija, ¿por qué te has portado así con nosotros? ». Y la respuesta, que es dura y es difícil, y que Jesús la dijo a su Madre: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que Yo debía estar en las cosas de mi Padre? » Es muchas veces el problema que surge por la vocación; el problema que surge porque los hijos van creciendo, van también buscando su camino. Y muchas veces los padres quieren retenerlos, les parece que es mejor que estén bajo su guía y su custodia, y quieren de alguna manera poseerlos también. Y nos enseñan en esos ejemplos cómo debe prevalecer la fidelidad del camino de cada uno a la vocación del Señor.

Pues bien, tenemos que fijarnos en esas virtudes de la Sagrada familia. Fijarnos en aquella vida de unión familiar entre ellos, la vida de caridad con que ellos vivían, en un trabajo difícil que tenían que mantener para sustentarse. Y en medio de todo eso, ellos eran felices en ese amor mutuo familiar. Se amaban de verdad, se amaban con afecto, se amaban con obras. Y ahí es donde nos dan una lección fundamental de la vida de familia.

La vida de familia muchas veces es difícil, se perturba en la medida en que cada uno busca su propio egoísmo, busca mantener sus ideas, mantener sus proyectos, mantener su comodidad, su manera de pensar. Y cada uno de los miembros de la familia lo hacen también así, con lo cual hay tantos centros como miembros de la familia. Y esos centros no pueden menos de chocar unos con otros. En el fondo reina, en esa concepción, esta idea: 'Todos los demás son para mí, son para hacerme feliz a mí, ¡para ayudarme a mí!' Se habla mucho de colaboración hoy día, pero curiosamente todos se quejan de que nadie quiere colaborar 'conmigo'. Yo soy el que trabajo, los demás colaborar conmigo; no colaborar yo con otros, no, ¡todos conmigo! Y eso suele pasar también en la familia, fácilmente. A veces no desde el principio, pero poco a poco va prevaleciendo ese yo de cada uno, yo, y 'mi marido es para mí' y 'mi mujer es para mí' y 'los hijos son para nosotros, para mí', para cada uno de ellos.

Es grande el misterio que vemos en Nazaret, porque allí el descubrimiento que hemos de hacer y que ahí haremos, es simplemente este: **caer en la**

cuenta de que no son los otros para mí, soy yo para ellos. Ese es el gran descubrimiento. Es como el descubrimiento de Copérnico: ¡que no es el Sol el que gira alrededor de la Tierra!, sino que la Tierra gira alrededor del Sol. ¡Que no son los otros los que giran en torno a mí!, sino soy yo el que tengo que servir a los demás, amar y servir a los demás.

Son muchas esas lecciones. Es hermoso en este día, no me voy a alargar mucho en estas palabras que os dirijo, pero sí al menos daros unas líneas, unas pistas.

Primero, podríamos proponer esto: Cada familia es un proyecto de Dios, cada familia, y cada familia realiza su proyecto de Dios. Lo que dice Jesús en el evangelio: «Lo que Dios unió, el hombre no lo separe», vale de cada familia, de cada matrimonio. Es Dios el que os ha unido. Es Dios el que ha unido vuestras vidas por sus caminos providenciales, el que ha despertado dentro de vosotros el amor; y el que uniendo ese amor, los ha llegado luego a entrelazar con el sacramento del matrimonio, como un nudo ya irrompible. Y es Él el que os ha unido para sus proyectos de amor, para hacer de vosotros reflejo del misterio del amor infinito de Dios.

Cuando nosotros ahora consideramos este camino y en este momento, siempre tenemos una dificultad, un miedo, y es que para muchos se ha perdido la esperanza de un matrimonio ideal, de un matrimonio basado en ese amor grande. Yo quisiera deciros a cada uno de vosotros: que nunca perdáis la esperanza. Es verdad que la mayor parte de la gente que se pierde, se pierde por falta de esperanza, porque ya han perdido la esperanza de poder realizar el

proyecto de Dios, porque es demasiado tarde, porque considera uno que ya lo hemos estropeado. **Yo quisiera decirlos muy de corazón en este día, que eso no es verdad, que siempre estamos a tiempo, que siempre, que ese ideal se puede realizar.** Aun cuando nosotros no siempre hayamos sido fieles a él, ¡pero podemos serlo!, debemos serlo. Por eso, lo que ahora proponemos no es algo inalcanzable, sino algo que debemos procurar y alcanzar: Es el amor, el amor verdadero, esa realidad misteriosa, que tiene como su casa mayor en el matrimonio y en la familia. La familia viene a ser la catedral del amor. Y con el matrimonio no se termina la carrera del amor, sino que el matrimonio viene a ser como la universidad del amor, y con la boda se ingresa en esa universidad del amor.

Y ahí entraríamos ya en las características de ese misterio que es el amor, de ese misterio que une a dos personas y hace de ellas uno. «Por eso —repite el Señor— dejará el hijo a su padre, la hija a su madre, y serán los dos una sola cosa», una sola carne, como un solo ser. Porque el amor lo hace así, el amor une. El amor une con características preciosas del verdadero amor. No estoy hablando de la pasión carnal. Hablo del amor verdadero, del amor matrimonial verdadero, que realmente hace de dos una sola cosa, y es verdad, son uno. Cuando uno vive en el amor verdaderamente, ¡el uno es vida del otro!, y es vida de verdad del otro. Son una cosa. Y siendo una cosa, se entregan mutuamente, se modifican mutuamente, se modelan mutuamente, porque el amor es activo, pero es también pasivo. El amor recibe, el amor amando recibe; y si no recibe, se

convierte en un amor falso. El amor no domina nunca. El amor no lleva nunca a dominar al otro, sino lleva a someterse a él, a servirle a él, porque le respeta, porque le admira, porque le reverencia. Y tiende a servirle a él, no a dominar al otro.

Y ahí entonces se realiza ese misterio maravilloso del matrimonio, en que **cada uno se somete al otro en sumisión de amor**, no en sumisión de una esclavitud dictatorial sino en sumisión de amor, en la riqueza del amor. Y entonces eso va moldeando todo el carácter y va haciendo que reine la misericordia. Como decía San Pablo a los Colosenses: «Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de la misericordia entrañable», ¡vestíos de entrañas de misericordia! Es decir, que el amor verdadero es comprensivo, cae en la cuenta de todo el bien que tiene a su lado. Y entonces tiene una misericordia inagotable para comprender, para perdonar, para seguir amando. **«Bondad, humildad, dulzura, comprensión»**. Qué palabras tan hermosas, que es como un bálsamo en las heridas del corazón en la vida familiar. Y eso lleva a ese respeto entre los esposos y entre los hermanos y entre padres e hijos.

¡Qué admirable es esta expresión de San Pablo, cuando dice al final: «Mujeres, vivid bajo la autoridad de vuestros maridos». No quiere decir que el marido manda simplemente, sino vivir en esa mutua sumisión. «Como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas». Es la indicación práctica de un amor vivo. Es expresión de ese amor. Es la mirada mutua, comprensiva y amante.

«Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso le gusta al Señor». Eso es grato al Señor, obedeced a vuestros padres, ¡obedecedles amorosamente! Pero añade enseguida: «Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan el ánimo». Es mutuo siempre. Siempre queremos de los demás y urgimos a que los demás sean como deben ser, cuando debemos comenzar por ser nosotros mismos lo que debemos ser.

Así pues, levantemos nuestra mirada en este día de la Sagrada Familia, a esa familia de Nazaret y aprendemos de ella esas virtudes que tenemos que practicar en nuestra vida, haciendo de la vida familiar un verdadero camino de santidad, a la que tan fuertemente nos exhorta el Papa Juan Pablo II, que ha prestado tanta atención a este tema de la familia y de la santidad familiar.

4.2.- EL MISTERIO DEL AMOR

Homilía en una boda
25 de marzo de 2006

Queridos novios. Queridos padres, hermanos, amigos. Desde el día en que brotó en vuestro corazón aquel afecto inicial se había dibujado más o menos en el horizonte esta fiesta de hoy. No quizás con el mismo ambiente, la misma iglesia, los mismos sacerdotes, pero era esto, en la que vosotros habíais pensado. Y ha llegado la hora. Delante del altar, a los pies del crucifijo os unís para siempre. Os dais mutuamente sin reserva en amor. Estáis viviendo en el misterio de la Eucaristía bajo la imagen y la festividad de la Anunciación del Señor, bajo el manto de la Virgen, estáis viviendo el misterio de la Eucaristía y el misterio del matrimonio de la unión de los dos sacramental, sagrado.

Le preguntaron al Señor si era lícito al hombre despedir a su mujer, y el Señor hizo referencia al comienzo del Génesis y dijo: —«Lo que Dios unió, el hombre no lo puede separar». Hizo referencia a la primera página del Génesis. Realmente es admirable el misterio de la Revelación, el misterio cristiano que se encuadra en la Revelación y que es una etapa en la Revelación, pero que no puede entenderse desprendido de la Revelación entera. Pues bien, comienza ese misterio de la Revelación en la Biblia con la creación del hombre. Y lo que destaca la

Revelación divina es que de las demás cosas, de los seres, suele decir el pasaje evangélico: «Dios dijo: — Que la tierra produzca..., produzca animales, produzca plantas...» y se hizo así, «y brotaron las plantas». Pero cuando llega —preparado ya el terreno, como el ambiente, la casa—, cuando llega el hombre, dice el Señor: —«Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza». No 'lo produzca la tierra', la acción creadora de Dios a través de esa realidad de la tierra, sino hagámoslo. El hombre es la criatura preferida, cumbre de la creación. Y lo dice así: «Hagamos», en ese plural misterioso que parece indicarnos la Trinidad. Y no sólo eso, sino que luego explica y dice: «A su imagen y semejanza los creó, varón y hembra los creó». ¡Es admirable! Lo que es la imagen de Dios es: varón y hembra en el amor. «Dios inspiró al hombre su aliento». El aliento de Dios es el amor. Le infundió la vida, le hizo ser vivo. El ser vivo es el hombre que ama, que ama, el ser vivo. Y en el amor tiene una participación de Dios, el aliento de Dios. Y a la mujer la formó del hombre, que no indica subordinación ninguna. Quiere decir la unidad de la creación de Dios, pero igual, igual a Él. Y entonces dice Dios: «El hombre, el varón dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una carne».

Este gran misterio que ya es el esbozo inicial está indicando lo que será también la Iglesia nacida del Costado de Cristo: la humanidad salvada llamada por Dios a unirse con Él en unión de amor, que el matrimonio significa y realiza. Esa revelación que

empieza con el matrimonio creado por Dios, termina al final en el Apocalipsis donde dice el Esposo: —«He aquí que vengo», y contesta la esposa: —«¡Ven, Señor Jesús!». Es la culminación de la revelación. Empieza con el matrimonio, termina en la elevación de ese matrimonio en la realización final: —«Ven, Señor Jesús».

Pues bien, estamos en medio de este misterio del matrimonio, del amor, ese misterio de Dios que el Papa ha recalcado en su Encíclica, que se vulgariza cuando se reduce al sexo, que no es el amor. El sexo es la pasión, el sexo simplemente como tal, como se usa ese término es la satisfacción humana, es el egoísmo, en que cada uno salva sus cosas. Mientras **el amor es donación, entrega**, entrega de sí, entrega total. Y ese es el misterio de amor. ¡Es misterio admirable! Dios los unió en el amor, no en la pasión, no en la unión carnal simplemente, apasionadamente querida, sino en el amor que los une, que les hace ser uno. Porque Dios quiere que nosotros lleguemos a ser uno con Él, uno: «El que se une al Señor se hace un espíritu con Él».

¡Grande es ese misterio! Aquí hay muchos que están oyendo. Cada vez que se realiza el matrimonio, pues sirve también un poco de examen y le sirve a uno de estímulo para reavivar el fuego de esa realidad grandiosa y misteriosa que es el amor. No me voy a alargar —no quisiera—, pero el tema es tentador. Sólo aplico esto: Si es verdad que en el Génesis Dios unió, Dios realizó esa misteriosa unión del matrimonio, de lo que es el amor varón-hembra, Dios ha unido

también vuestras vidas. O sea que, el amor vuestro concreto es el amor que Dios ha puesto en vuestro corazón. Es verdad, Él es el que ha puesto esa unión en vosotros, ha puesto ese amor desde el comienzo. Él os ha conducido y ha ido llevando vuestras vidas, sembrando ese amor en cada uno de vosotros. Y ha ido uniéndoos en ese amor, no desviándose hacia el sexo, sino estrechando la unión de amor, estrechándola cada día más. Ha ido entrelazando vuestras vidas, hasta que llega este momento en que el mismo Señor, con el Sacramento instituido por Él, viene a tomar los extremos de esas dos cintas y hacer un nudo que une vuestras vidas indisolublemente, no con una cadena de hierro o con una carga, sino con un amor.

Siempre nos pasa lo mismo: en lugar de concebir la vida como vida, la concebimos como carga. ¡Qué fenómeno tan curioso! —'Bautizar a los niños no, cuando sea mayor que él decida'. —'¡Usted imagina que la vida cristiana es una carga! Yo creía que era una Vida'. ¡Una Vida! ¡Vivir, vivir! Y del matrimonio digo lo mismo: ¡Es una Vida! ¡El Amor es una Vida! Pero el amor verdadero. Si no, simplemente lo que uno busca es satisfacerse a sí mismo con la ayuda de otra persona que me ayuda a satisfacerme a mí mismo.

Es pues, grande este misterio que se está culminando ahora. Esto no es un simple acto social, el sacaros fotos y llevar esto. Es un misterio profundo de amor. Es una realidad, una entrega verdadera de amor. **Ese amor que os une viene de Dios.** Dios está

en medio de vosotros y Dios quiere que tengáis esa felicidad en ese amor. A esta luz tenemos que ver que el amor cristiano no es sólo fruto del propio deseo pasional o sentimiento, sino que es sobre todo, siempre y también efecto de la gracia que obra en vuestra existencia. Contando con ello os unís ahora y sin embargo, vamos a decir que tenéis que crecer en esa unión. Crecer, ser más uno, más uno progresivamente; más uno, más uno con Dios y uno entre vosotros.

Es hermoso poder hablar así en una boda. Generalmente para el sacerdote no suele ser grato porque yo he visto enseguida, y esto se puede hablar, ¿por qué? Porque habéis rezado el 'Yo confieso ante Dios Todopoderoso' todos. Eso quiere decir que estamos en una comunidad que sabe orar, en una comunidad que está un poco habituada a las modas de Dios y las actividades grandiosas de la vida de la fe, de la vida. No en cualquier lugar podría yo decir esto que estoy diciendo. No en cualquier boda podría leer esto de Tertuliano: «¿Quién podrá explicar la felicidad de un matrimonio que consagra la Iglesia? Confirma la oblación del sacrificio, sella la bendición del sacerdote, lo anuncian los ángeles y ratifica el Padre del cielo. ¿Qué unión la de los dos fieles que tiene la misma esperanza, el mismo deseo, la misma disciplina, el mismo Señor? Dos hermanos comprometidos en el mismo servicio. No hay división de espíritu ni de carne. Realmente son dos en una sola carne. Donde hay una sola carne hay también un solo espíritu. Oran juntos, juntos se acuestan, juntos

cumplen la ley del ayuno. Uno al otro se enseñan, uno al otro se exhortan, uno al otro se soportan. Juntos pasan las angustias, juntos las persecuciones y las alegrías. No se ocultan nada el uno al otro. Todo es compartido, sin que por eso sea carga el uno para el otro». Estas palabras son de Tertuliano, de hace muchos años. Tertuliano que escribe este tratado donde le habla de estas cosas a su esposa, «Tratado a ...». Cosa que es bien hermosa que tenemos por delante, lo que tenéis por delante. Porque es cierto que vosotros no estáis solos, que esta vida que ahora abris no es sólo vuestra. No olvidéis nunca: Jesucristo está en medio de vosotros. ¡Está! No sólo está en una imagen que yo pongo allá —que la puedo poner—, sino está en vuestro amor mismo.

Nuestro querido Juan Pablo II decía: «Sobre todo os mueve la gracia de Dios y el amor del Señor —decía Juan Pablo II—. Os amáis en Cristo, en el Corazón de Cristo y el Corazón de Cristo ama en vosotros». ¡Es hermoso! Esto es lo grande de la vida cristiana: «Vivo yo, ya no yo, Cristo vive en mí». Es verdad que Él nos acompaña siempre. Esto da un gran consuelo en las responsabilidades que os esperan como educadores de vuestros hijos, en las alegrías castas y profundas de la unión de los dos y también en los momentos de prueba que no faltarán tampoco. Tenéis una misión que Él os ha confiado, ¡una misión grandel! Tenéis que vivir y expresar lo que es la Caridad de la que nos hablaba el Papa en su Encíclica «Dios es Amor». Por eso, contad con el Señor en vuestra vida siempre. ¡Siempre! Grande es

vuestro misterio, grande también vuestra obligación. ¡Tenéis una misión estupenda! Es verdad que comienza una etapa nueva en vuestra vida. Es verdad, estáis unidos. Ya no sois —ni debéis serlo— dos novios que viven juntos. Estáis unidos, sois uno. ¡No lo olvidéis! En esa unión hay una misión que cumplir: transparentar el amor del Señor.

Ayer mismo, nuestro Papa Benedicto XVI a los Cardenales —estaba nuestro Arzobispo, el Cardenal— les decía algo que yo puedo transmitirlos también a vosotros con el mismo encargo y con la misma fuerza. Él les decía que «tenéis un nuevo motivo para vivir los mismos sentimientos que empujaron al Hijo de Dios hecho Hombre a derramar su Sangre en expiación de los pecados de la humanidad. Cuento con vosotros», les decía el Papa. Yo os digo a vosotros, y no digo el Papa, dice Jesucristo, os dice: —¡Cuento con vosotros! ¿Para qué? Pues **cuento con vosotros para anunciar al mundo que Dios es Amor**. Cuento con vosotros, Jesús cuenta con vosotros. Que Dios es Amor. «Y para hacerlo sobre todo mediante el testimonio de la sincera comunión entre los cristianos. Cuento con vosotros —seguía el Papa— para hacer que el principio del amor pueda irradiarse y vivifique a la Iglesia en todo grado de su Jerarquía, en cada comunidad e Instituto religioso», y añadido yo: en cada familia. Dios es Amor, testimoniadlo. ¡Cuento con vosotros a fin de que el común esfuerzo de fijar la mirada en el Corazón abierto de Cristo haga más

seguro y expedito el camino hacia la plena unidad de los cristianos! Jesús cuenta con vosotros. Caminad confiadamente. ¡Caminad!

Muy breves consejos quiero dar aquí. Vosotros estáis rodeados de vuestros padres, hermanos, amigos. Estamos unidos todos. Bien, unos consejos muy breves, soportados y sostenidos por esta unión de oración:

Amaos y soportaos. Las deficiencias de amor que hay en cada uno, eso es lo que tenemos que soportar, la deficiencia de amor. Porque la gracia del Sacramento purifica, levanta, consolida. Pero sigue permaneciendo en nosotros el egoísmo, el amor propio, y el amor propio es el que ahoga la expansión del amor, le ensombrece. Amaos y soportaos en amor.

Recordad que **obedecer es amar**. El amor nunca domina. El amor se somete, el amor se da. Se da.

No tengas nada oculto al que amas. Nunca busquéis fuera de vosotros el desahogo y la diversión de vuestras pequeñas dificultades íntimas, ¡ni siquiera con vuestros padres y parientes! Sería vuestra ruina.

Sed cada día más delicados en vuestro amor. No dejéis pasar un día sin alguna sorpresa de amor. Mantened la delicadeza.

Se ha dicho que 'los tres grandes del matrimonio' son:

- «**Por favor**». Nunca es: —'¡Dame eso! ¡trae eso! ¡Haz eso!' 'Por favor'. El tono, por favor. Todo lo que pide el amor, lo pide como un favor.
- «**Gracias**». Agradecer cualquier gesto, cualquier delicadeza. Gracias.
- Y «**perdona**». Adelantarse a pedir perdón.

Usad esas palabras, esas actitudes. Usarlas, será como aceite en vuestra vida.

Comenzáis esta nueva etapa en este día, en el día de la Anunciación, bajo el Fiat de María. Que sea también ese vuestro Fiat, con María, como Ella: — «Hágase en mí según tu palabra». Que realicemos el plan de Dios sobre nosotros, que le digáis que sí al Señor. Comenzáis esa nueva etapa. Toda vuestra vida recibe ahora como una fuerza sacramental. Vivid de tal modo que cualquiera que os vea se haga una idea de la realidad sublime del Amor de Dios, de la Caridad de Dios y del Amor de Dios. Que el Señor nos una a todos en el banquete de las bodas con Jesús y con su Madre.

4.3.- EL MATRIMONIO, MISTERIO DE AMOR

Ejercicios Espirituales a matrimonios

Sevilla 1993

11ª meditación

Vamos a dedicar estas últimas meditaciones a la familia, y lo vamos a hacer, exponiendo un poco la riqueza de la vocación familiar, del matrimonio; y proponiendo lo que es la consagración de la familia al Corazón de Jesús. La familia es una pieza clave. La gran lucha que lleva adelante el mundo materialista, enemigo de Dios, es la destrucción de la familia. Y esto no es una mera casualidad, es algo premeditado, pretendido, algo que se lleva deliberadamente adelante. Y **el gran camino de la nueva evangelización ha de ser el de la familia**. Es quizás el más eficaz, el que redundará también en una constitución de una sociedad. El reino de Cristo tiene que establecerse no solo en las personas sino también en las instituciones. Todo aquello que es humano ha sido redimido y salvado por Cristo, y en todos esos centros e instituciones tiene que ser establecido ese reino del Corazón del Señor, el reino del amor, la civilización del amor. La civilización del amor no se establece solo con el cambio personal del corazón sino tiene que invadir la cultura, todos los estamentos de la sociedad. En ese trabajo, la familia es primero, el

primer campo de atención. Y segundo, el gran elemento de extensión.

Primer campo de trabajo, porque hay que regenerar esa familia, hay que elevarla, establecer en ella la civilización del verdadero amor. Y la extensión, porque la gran actividad apostólica hoy debe ejercitarla «la familia en la familia». La familia no solo tiene que autoevangelizarse, sino es la que contacta otras familias. Y hay que hacerlo con las características de la nueva evangelización: «Con nuevo fervor, nuevos métodos, nuevas expresiones». Pero sobre todo, con ese nuevo fervor, tomando conciencia de su grandeza, ante un movimiento generalizado que tiende a vanalizar la familia, a destruirla, deshacerla, disgregarla, potenciando el derecho individual de cada uno y no reconociendo lo que es la familia como tal.

Pues bien, la familia tiene necesidad de esa regeneración, necesidad de toma de conciencia de lo que es en el plan de Dios esa que llama el Concilio Vaticano II 'la iglesia doméstica'. La verdadera célula de la Iglesia y de la sociedad es la familia. Rota la familia, se destruye la sociedad. Se la puede llevar hacia donde uno quiere.

Hoy día nos quejamos mucho de la situación. Se nos van inmensas energías en decir lo mal que estamos, lo mal que somos gobernados, la situación de la Iglesia, que no es reconocido su derecho en tales cosas o en tales otras. Se nos va demasiada fuerza en hablar, cuando lo que hay que hacer es utilizar lo que podemos, no contentarnos con ello. Lo malo de esos

discursos constantes no está en el hecho de que se pretenda mejorar la situación, desde el punto de vista público. Ojalá, hay que trabajar en eso, e incansablemente, pero no esperar a que se ponga eso en orden para trabajar. En nuestra vida se nos va muchas veces el tiempo esperando tiempos mejores, donde trabajaremos. Y entretanto, ¡a preparar esos tiempos mejores! Ya quisieran haber tenido en Polonia, en los países del Este, las posibilidades que tenemos nosotros para actuar. Y sin embargo, ellos actuaron. Y fue la familia la que actuó sobre todo: la familia catequizaba, la familia instruía, la familia daba la batalla, la familia formaba los cristianos cuando no se permitían otras expresiones públicas, no había una escuela donde se enseñara la religión, etc. Es legítimo que nosotros nos esforcemos porque se enseñe la religión, me parece estupendo. Pero entretanto, enséñala tú, y no estés con los brazos cruzados. —Es que no les enseñan a mis hijos. — ¡Pues enséñalos tú! **La familia tiene que convertirse en esa verdadera iglesia doméstica**, con la conciencia de que los padres tienen en ella un ministerio verdadero.

Vamos a hablar pues, de esa grandeza de la vida del matrimonio, y voy a poner estos listones altos, para que comprendamos que de verdad, la vida familiar, el matrimonio, es una verdadera vocación en la Iglesia; que realmente el Señor invita a la familia a un camino de santidad. Es verdad que estamos rodeados de una concepción distinta y nos podemos

contagiar. Pero precisamente, el camino que hemos de seguir es el de obtener una gran libertad de espíritu y enfocar y orientar la vida familiar por los cauces que quiere Cristo, sin dejarnos influenciar por unas presiones sociales enormes. Porque hemos llegado a un momento en que si un marido no adultera, se avergüenza porque no queda bien en la sociedad en que vive. Y estamos —como decía san Agustín de los jóvenes de su tiempo— que si no habían hecho algunas aventuras amorosas las inventaban para no quedar mal. ¡Nos presiona! Y el tener tres hijos le pone a uno rojo de vergüenza. Pero ¿por qué? Presión tremenda es la que se ejerce alrededor, es un comer el coco verdadero, a través de los medios audiovisuales, de las noticias, de todo. Se pretende crear la persuasión de que eso no debe ser, que es una vergüenza, una falta de ética. ¡Hace falta un vigor espiritual! Para eso necesitamos todos los medios que el Señor ha dispuesto para fortalecernos. Y es comprensible también que el sacramento de la confirmación nos tenga que dar ese vigor para profesar la fe. Y profesar la fe no es solo en un momento, ante el juez en el tribunal que le condene a muerte, sino profesar ante el mundo que le amenaza de muerte, que le amenaza de ostracismo, y uno tiene que dar ese testimonio: —¡Pues no señor!, yo doy de hecho... No es que vayamos con espíritu de contradicción, no es que vayamos a dar una lección a los demás, simplemente hablo de no dejarme influenciar, de seguir el camino del Señor por donde El me marque.

He dicho que existe esa campaña, es verdad. Le oí, al cardenal Gagnon, en aquel entonces presidente del comité de la familia, decir que, en un congreso internacional sobre la familia al que fue enviado como representante de la Santa Sede, propuso la postura de la Iglesia, y varios delegados de naciones vinieron a decirle que estaban perfectamente de acuerdo con él, pero que expondrían lo contrario, porque iban enviados por sus gobiernos con esa misión. O sea, no era su convicción personal, pero era la postura de sus gobiernos sobre el control de nacimientos, las posturas en el matrimonio, es decir, hay una campaña, porque la familia es el último reducto de la religiosidad y de la elevación del hombre. Y por eso piensan que si se pudiera destruir la imagen de la familia, se propiciaría el cambio de sociedad que se quiere. Y mientras no se llegue hasta la familia no se cambiará. ¡Tengamos conciencia de esto, que es un valor importantísimo! Ahora mismo es el año de la familia, habrá que ver qué slogans, qué es lo que se dirá, a ver cómo se favorece el bien de la familia.

Pues bien, ¿cómo proceder nosotros? **La familia es un misterio de amor**, pero de amor verdadero. Por eso digo que **es una verdadera vocación**. El matrimonio es, misterio de amor en el trato mutuo de los esposos, misterio de amor en la generación de los hijos, misterio de amor en la educación de los hijos: educar al amor, educar a la vida real, verdadera, a la fe, educar a la vocación personal de cada uno. Porque, curiosamente, con eso

de que la familia es así, en donde se muestra muchas veces firme es en oponerse a la vocación de los hijos. Ahí sí, ahí toda su autoridad y su poder. Eso sí. — ¿Si es para marcharse por ahí? No, eso es la libertad de los hijos, está bien. Misterio de amor en la ayuda mutua a la perfección de los miembros de la familia. Y misterio de misericordia: en la familia es donde hay que actuar constantemente el amor misericordioso.

Evidentemente para esto la familia necesita primero un Mediador, artífice de esa obra de arte que es la familia. Es una obra que —tenemos que decir— supera la capacidad del hombre. Por lo tanto, cuando a una persona se le propone ese ideal de la familia y dice: —¡Eso es demasiado!, tiene razón, supera la capacidad del hombre. Hace falta una acción del Espíritu Santo, por eso se convierte en testimonio de Cristo. Esta es la gran vocación de la familia: ser testimonio del amor de Dios, del amor de Cristo, del misterio de amor, ser un testimonio que atraiga, que se imponga. Y esa fuerza es muy grande. Aun cuando la gente parece burlarse y parece que toma en desprecio, les hace una impresión tremenda cuando ven el verdadero amor.

La situación de la familia que se está estableciendo, se asemeja bastante a aquella, con la libertad que tenían: el divorcio, el aborto. Es bastante parecida a la del tiempo de los romanos cuando se extendió el cristianismo. Todo eso lo tenían ellos desarrollado. Y en medio de esa sociedad, a los cristianos no es que los estimaran, los despreciaban. No imaginemos que los romanos veneraran a las

vírgenes cristianas: ¡Qué admirables!, se burlaban de ellas por tontas, porque no sabían aprovechar la vida. Y las vírgenes cristianas tenían que tolerar esa burla en la fidelidad al Señor, igual; lo mismo que la fidelidad cristiana, igual, tan es así, que había una figura de una emperatriz, que sospechaban que era cristiana por su castidad. No hay prueba clara pero sospechan porque desdecía de lo normal entonces. O sea, eso se lo encontró el cristianismo, no es un invento del avance y de la sociedad actual. Más bien es un retroceso al nivel pasional del hombre, no al nivel de la superioridad del amor.

Pues bien, entonces, lo que decían aquellos romanos que les despreciaban de hecho es: —¡Mira cómo se quieren!, ¡mira cómo se aman! Les impresionaba ese verdadero amor. De tal manera impresiona, que esa familia viene a quedar como puesta en alto, de hecho. Isaías habla de la Iglesia y la presenta como la Jerusalén gloriosa, que está en alto sobre una montaña, que brilla, que atrae. Y vienen todas las gentes, confluyen hacia ese faro luminoso que es la Jerusalén nueva. Y bien, no la imaginemos como una ciudad maravillosa, construida a manera de una ‘Disneylandia’, a la que viene toda la gente a ver, porque se ve desde lejos, sino la vida eclesial. En cada una de las parroquias, en cada una de las ciudades, **la familia cristiana tiene que ser como un foco luminoso que atraiga**, y que digan: —mira cómo se quieren, mira qué limpidez de vida, qué centro de misterio de amor. Que

se sientan atraídos, llevados hacia esa Iglesia, que se expresa de manera muy especial en la familia cristiana.

Para ello ¿qué tenemos que ver? Primero, tenemos que ver, y partir de que ya el matrimonio es un misterio. El Papa ha vuelto muchas veces sobre esta grandeza del matrimonio, muy particularmente en la Familiaris Consortio, esa exhortación postsinodal, en la que concentra toda la doctrina de la Iglesia sobre la familia y sobre las esperanzas que hay puestas en ella, en la sociedad de hoy por parte de la Iglesia. Y en esa Familiaris Consortio, donde toca todos los puntos y los actualiza, ha recogido lo que va sembrando continuamente en sus discursos a las familias. Entre esos discursos, uno muy bello, muy bonito y breve, es el que pronunció en Taranto, en Italia, en el que habla de esa manera subida, a la manera de Cristo, les dice: «A esta luz, querría recomendaros, ante todo, **que viváis vuestra unión en un clima de fe**». Esta es la primera característica del matrimonio cristiano, de la familia cristiana. La fe no es un sobreañadido para ciertos actos. La fe ilumina el sentido de nuestra vida real, y por lo tanto, el sentido de lo que es el matrimonio y la familia. Entonces, tengo que ver el matrimonio a la luz de la fe, y esto será fundamental.

Ahora bien, visto así a la luz de la fe, qué es el matrimonio: es un misterio de amor. Pero es un misterio, ¿qué quiere decir? Cuando hablamos de misterio no queremos decir una especie de secreto oficial. Se le achaca así a veces a la Iglesia: la Iglesia

cuando no sabe responder a una cosa dice: es misterio, como diciendo: —Bueno, pues ya está, es secreto reservado. ¡No es así! **Misterio es lo que Dios nos revela superior a nuestra inteligencia**, a nuestra capacidad. No es algo reservado, nos supera. Evidentemente, Dios es misterio para nosotros. Si yo comprendiera a Dios adecuadamente, no sería mayor que yo, esto es claro. Por lo tanto, sería bien poca cosa. Si un campesino dijese: —Yo no admito más matemáticas que las que yo entiendo, ¡qué pobres serían las matemáticas de este mundo! Le supera, no es que le esconda, es que no tiene capacidad para ello. Pues bien, Dios es superior a nosotros y todo lo que es de la esfera divina nos supera. Podemos barruntar, sabemos cosas verdaderas, pero no tales que puedan comprenderlo totalmente. Entonces decimos, Dios es el gran misterio que se nos revela pero escapa, supera nuestra capacidad, también, aquello que de alguna manera se une a Dios en esa superioridad de lo que Dios es.

La Iglesia es misterio. Cuando el Concilio habló de la Iglesia, en la *Lumen Gentium*, lo primero que dijo de ella es: la Iglesia es misterio. ¿Qué quiere decir? Que no es una simple sociedad, que lo es también, pero hay una unión de Cristo con la Iglesia, de Cristo que está en la Iglesia, de Cristo que actúa en la Iglesia y por la Iglesia. Y el ver, el captar esa unión, nos supera, es algo que no podemos entender. Comprendemos que es, que existe, que actúa, pero no sabemos el cómo, no lo vemos, nos supera, es

misterio. Y el gran mal ha sido que la Iglesia se ha considerado más en sus organismos y organizaciones, que en su misterio. La Iglesia Cuerpo de Cristo, la Iglesia Esposa de Cristo, esa es la realidad de la Iglesia. Cristo actúa en ella, por lo tanto, al perdonar los pecados, no es que me perdona este señor simplemente, Cristo me perdona: «¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios solo?». Dios me perdona en él. ¡Yo soy un simple instrumento! Esta es la realidad, la Iglesia es misterio y, cada uno de nosotros es misterio también.

Que cada uno de nosotros sea misterio significa que también en nosotros está la gracia de Dios. Dice san Pablo: «Vivo yo, ya no yo, Cristo vive en mí», de tal manera que, el misterio no es algo lejano, es el contenido de lo que vivimos cotidianamente. Y así, yo soy instrumento, vivo el misterio pero me sobrepasa. Por ejemplo en la Eucaristía, al consagrar el Cuerpo y Sangre de Cristo, yo actúo en persona de Cristo, es algo que se vive en mí pero me sobrepasa. Y al perdonar los pecados, estoy viviendo ese misterio, porque yo no puedo perdonar si Cristo no perdona. Cristo perdona en mí, es: yo te perdono tus pecados en persona de Cristo. Este es el concepto de misterio.

Pues bien, el matrimonio, una cosa tan cotidiana, tan normal, si uno lo ve con mirada de fe, sabe que es misterio. En el discurso a que he hecho referencia dice el Papa: «El amor cristiano no es solo el fruto del propio deseo o sentimiento —no que no haya deseo y sentimiento, pero no es solo—, sino también y sobre todo —sin excluir lo anterior— el

efecto de la vida de la gracia que obra en la existencia de los esposos». Esta es la visión de fe. Por eso es problemático que puedan asumir las consecuencias del matrimonio, quienes no viven de la fe, quienes no alimentan esa fe, esa vida de gracia. En muchos sitios por ejemplo, los hombres no van a comulgar por principio, durante todo el año. Lo consideran parte de su virilidad: —Los hombres no vamos, eso es para las mujeres. Nosotros vamos el día de Pascua, a rastras un poco, pero vamos entonces; pero lo demás, desdiría de nuestra virilidad, de nuestro machismo. Son hombres de fe, pero no ven con luz de fe. ¿Cómo se ha podido formar eso? Pues no lo sé, pero pensad una cosa: el amor matrimonial, el amor conyugal, sobre todo es efecto de la gracia, se alimenta con la Eucaristía. Y es verdad, lo que recibimos en la Eucaristía es la caridad, el amor, pero la caridad que corresponde a cada uno de los miembros de Cristo, la caridad de la vocación de cada uno. Por lo tanto, la caridad conyugal, la caridad familiar, se alimenta y se eleva con la Eucaristía, porque es parte de las ayudas que nos ha dado el Señor para vivir la vida cristiana. Ahora bien, vivir con vigor la vida cristiana en un matrimonio, es vivir con vigor la unión de los esposos y la unión con los hijos. No podemos concebir la vida espiritual fuera de la realidad, dicho con otras palabras: no se trata de buscar una vida de unión con Dios al margen del matrimonio, sino la vida de unión con Dios, en el matrimonio. El vigor de la vida cristiana es el vigor de la vida familiar, donde hay una dimensión oracional, todo el mundo la tiene; donde

hay una dimensión de caridad y amor que la Eucaristía sostiene y ayuda.

De modo que, a quien el Señor le ha llamado a una vocación virginal, la Eucaristía intensifica esa caridad virginal. Pero a quien ha llamado a una unión de amor matrimonial, la Eucaristía une, intensifica esa unión conyugal. ¿En qué une más, en el mayor deseo carnal? No digo eso precisamente, no que lo excluya, pero en mayor amor, en verdadero amor que les une y del cual viene todo el resto. Es el misterio: ¡el matrimonio, misterio de amor!

Ahora bien, cuando hablamos de: el matrimonio es misterio, es una cosa muy importante, es el misterio de Cristo en mí. Y ¿qué lleva consigo? Pues que me tengo que acostumbrar a mirar a mi mujer o a mi marido como misterio de Cristo. Se puede hablar de que el matrimonio es una verdadera consagración, con una analogía con la consagración de la vida religiosa; pero, una consagración de una manera especial. El Señor ha establecido ese amor — como voy a decir ahora—, y hay una consagración a Dios en el cónyuge, hay una entrega total a Dios en él, hay una misión en ese misterio que es el matrimonio, por el que Cristo en uno de los cónyuges se acerca amorosamente al otro y a su vez lo ve en el otro. Entonces se realiza ese misterio de amor. Y la entrega se hace también de verdad, total, a Cristo, con la sumisión que eso lleva consigo, con las características que puede llevar también de unos matices de la vida, que pueden tener una cierta analogía con lo que, en forma virginal, se realiza en la

vida religiosa como directamente a Dios o en una institución aprobada por la Iglesia. Es importante pues esa palabra, es misterio. Eso lleva a tratar con respeto, con reconocimiento de la dignidad. Esto es verdad.

En aquel discurso dice el Papa: «Los esposos como cristianos se aman, sí, con el corazón humano, pero al mismo tiempo, me atrevería a decir, se aman también con el Corazón de Cristo y en el Corazón de Cristo. Es Cristo mismo quien ama en ellos y por medio de ellos, si es verdad que el cristiano puede decir, junto con san Pablo: "No vivo yo sino es Cristo quien vive en mí"». Ahí tenéis un párrafo precioso, que muestra esa grandeza, ese misterio. En el llamamiento al matrimonio se debe considerar todo esto: no es una cuestión pasional que se mantiene puramente en el nivel de una atracción carnal, de un deseo, sino es toda esta riqueza, todo ese misterio, sin excluir todo lo que tiene consigo de expresión del amor a través de la carnalidad. Pero es mucho más, ¡es grande!, y requiere una ascesis y una purificación, una elevación, una vigilancia y una tarea. El matrimonio no es, simplemente, como creen algunos, soltar las pasiones egoístamente y tener facilidad para sus satisfacciones carnales. —¡Ya está resuelto ese problema, ya no tengo que ir buscando por ahí otras satisfacciones! ¡No es eso, es mucho más! La continua tarea de la Iglesia es cariñosamente elevar, proponer ideales altos, que no sea el matrimonio un refugio de simples exigencias y apetencias pasionales sino una realidad grandiosa, un verdadero misterio.

Si vamos al evangelio, encontraremos allí algunos pasajes referentes a la vida matrimonial. Uno de ellos es aquel en que le preguntan a Jesús si es lícito que el marido pueda repudiar a su mujer. Se había hecho esa costumbre también entre los judíos. Era un tema que ellos trataban, como se trata ahora, como lo han tratado siempre. Uno cree que es una novedad que uno descubre. ¡Pero si eso es lo que le plantearon a Jesús!: «¿Es lícito al marido repudiar a su mujer y casarse con otra?». Es eterno. San Agustín decía, siendo obispo de Hipona, que le habían dado más trabajo los matrimonios que todo el resto de su cura pastoral, que estaba siempre liado con líos matrimoniales. Es así, no creamos que es nuevo. Esto tiene que incitarnos a ser fieles a nuestra vocación personal, sin dejarnos impresionar por lo que nos rodea. Pues bien, «le preguntan: —¿Es lícito al marido repudiar a su mujer?», tema que ellos trataban mucho. Ya os he dicho, lo mismo de los romanos, se casaban y descasaban. Pero los mismos judíos en la misma ley, que era un tanto exigente, Moisés había permitido que un marido pudiese repudiar a su mujer; pero le ponía una condición: tenía que darle un libelo de repudio, es decir, un escrito en lengua que ella entendiera, en la que expresara la razón por la que la repudiaba. Venía a reducirse a esto, porque podía hacerlo prácticamente por cualquier razón. Moisés había dicho: «Por causa de algún impudor de la mujer». Pero todo se reducía a eso, y venían los abogados y decían: —Esto también es un caso así. Y con esa puertecilla abierta, lo mismo que pasa con las

despenalizaciones y sus motivos pues ya por ahí colaban todos, todos pasaban por ahí. Y el que repudiaba a su mujer lo podía hacer prácticamente por cualquier razón. Pero lo llamaba así: algún impudor de la mujer. Entonces venían las escuelas a explicar qué era eso: unos decían que si la mujer había salido enseñando la punta del pie, era ya motivo para que la repudiara por impudor; otros decían: —No, basta que no la encuentre suficientemente guapa para repudiarla. Y así se abría la puerta a todo. Esa es la pregunta que le hacían a Jesús: si puede un hombre repudiar a su mujer por cualquier causa. Y Él les contesta: «—No, no puede hacerlo, ni siquiera por lo que pudiéramos llamar impureza, —la porneia— no puede. Y le dijeron: —Pues ¿cómo es que Moisés dijo que se diera libelo de repudio? Contesta: —Lo hizo por vuestra dureza de mente, —cediendo permisivamente a vuestra testarudez, a vuestra dureza de corazón—, pero al principio no era así».

Al decir ese al principio se refiere al designio original de Dios que El viene a restablecer, porque viene a traernos la fuerza del amor, nos viene a traer: «El amor con que Tú me amaste esté en ellos». No tenemos que olvidarlo: **en los esposos cristianos está el amor con que el Padre amó a Cristo** y, por lo tanto, «en el designio de Dios no fue así». Entonces dice: «Lo que Dios unió, el hombre no lo puede separar». Esta palabra enormemente rica, que revela más de este misterio del matrimonio, nos está

indicando que Cristo ha venido a implantar el misterio de amor, en un mundo que se pierde precisamente por falta de amor. El gran mal del mundo es la falta de amor verdadero. Es el mundo del placer hedonista, de la pasionalidad, de las revistas del corazón, pero sin amor verdadero. El amor que el mundo proclama es idéntico al egoísmo, a la publicidad, a la vaciedad, a la inconstancia. Es el amor que no es verdadero amor.

Entre los motivos que se adujeron cuando se hablaba de la necesidad de la ley del divorcio, uno proponía: —Si por ejemplo, la mujer se pone enferma de manera definitiva, el hombre tiene derecho a amar; si no puede a aquella mujer, tiene derecho a amar a otra. ¡Eso es tan impresionante! ¿De modo que no puede amar a la mujer enferma? ¿Pues qué amor es ese, de qué amor se trata, de qué habla? ¿Quiere decir que no puede hacer el amor?, ¿y si no puede hacer el amor tiene derecho a hacerlo con otra? ¿Es el derecho a hacer el amor, el derecho a buscar su placer? Y esto entra normalmente, se acepta sin más.

El Señor ha venido a traer el verdadero amor, amor al que sufre también, como tantas religiosas que aman a los ancianos, a los que cuidan amándoles. A mí me impresiona muchísimo, yo venero a estas religiosas, porque me parece tan imposible a lo que es la naturaleza. Porque todavía, cuidar a los niños, dan mucho trabajo, pero son un encanto y tienen sus momentos de encanto y su futuro abierto y uno les ve abrirse a la vida. Pero un anciano que ya molesta en su casa, que no lo aguantan y lo llevan allá. Y lo que

impresiona de esas hermanas es que les quieren, ¡les quieren!, y los lloran cuando se mueren, como a su padre, porque los quieren. Eso es un prodigio de la gracia, y por lo tanto, un impulso también para nosotros, a amar de veras en el ambiente donde el Señor nos coloca. El amor del mundo es egoísmo: cuando no encuentra fácil el camino dice que ya no hay amor: —Ya está, no me sale ya eso. Porque falta el verdadero amor.

Ahora bien, Jesús dice: «Lo que Dios unió, el hombre no lo puede separar». Se refiere a la página del Génesis en que Dios creó al hombre y formó a la mujer y se la dio como compañera, la unió. Y si Dios los unió, el hombre no los puede separar. Por eso decía: lo que Dios unió es Adán y Eva, ¡muy bien!, ¡pero eso se refiere a cada matrimonio! Esto tendríamos que entenderlo bien, para fundamentar y vivir la vida matrimonial y familiar en una vida de fe auténtica. Este es el misterio acercado a nosotros. Porque como os decía antes, el misterio está en nuestra vida de cada día, ahí tenemos que reconocerlo y vivir de esa fe en ese misterio que podemos vivir. Nos cuesta entenderlo en lo concreto. Yo siempre repito que la fe la aceptamos cuando se queda un poco en lo abstracto, pero cuando baja al concreto, nos cuesta mucho creer que Dios puede curar a un enfermo. Creemos: Dios puede curar a un enfermo. Pero cuando veo a este agonizando, —¿Vd. cree que Dios le puede curar? —¡Hombre, ya es un poco más difícil!, ¿no? Porque aquí se trata de este señor concreto, en este momento concreto. ¿Que Dios

lo pueda curar así?, hombre, ya me cuesta más. Lo mismo nos pasa con lo que nosotros hemos visto. Tenía que ser impresionante para el anciano Simeón reconocer en la niña que había visto correteando por aquellos atrios del templo, a la Madre de mi Señor. Eso es impresionante: gente que hemos conocido, que hemos visto, donde el Señor ha hecho luego prodigios. ¡Es más difícil ver que esta persona es así! Pues bien, el misterio nos cuesta verlo en lo que tenemos entre manos, y sin embargo es así, y esa es la vida de fe y es lo que da la tonalidad del corazón, del amor.

Como referencia tenemos algunos casos claros en el evangelio. Cuando María aparece por primera vez en el evangelio, se nos dice: «Fue enviado el ángel Gabriel a una Virgen llamada María, desposada con un varón llamado José». Probablemente hay que decir que estaban ya casados. «Antes de que se hubiesen unido», no quiere decir que estuvieran todavía como prometidos, quiere decir sin que hubieran tenido unión carnal ninguna, antes, sin que hubiera habido nada de eso, sucedió que María concibió al Hijo, dice san Mateo. Habían tenido su conocimiento, sus relaciones, se habían comprendido y habían decidido desposarse virginalmente. Humanamente es como cualquier otro encuentro de dos personas que se ven, se complementan, se quieren y deciden casarse. Aparentemente ha sido un encuentro de los dos, y sin embargo, eran los dos elegidos por Dios para esa misión. Indudablemente Dios los había unido a María y a José. Eso en su grado vale de vuestro matrimonio, el matrimonio concreto. Se puede decir del

matrimonio de cada uno: hay un hilo de la Providencia que conduce y actuando en una vida de fe, va uniendo esas dos vidas, esos dos corazones. Ha ido conduciendo esa vida realizada en espíritu de fe, abierta a la acción de la gracia. Es lo que dice el Papa: «Os habéis amado en Cristo y Cristo ama en vosotros». Y es el misterio de ese amor. Por eso podemos hablar de que es un misterio: «Lo que Dios unió», lo que Dios va uniendo y llega a unir. Hay que recordarlo siempre: esa presencia del amor del Señor es acción de Dios que va trabajando en esos corazones, y es necesario elevar, purificar y consolidar. Sin la presencia de la gracia el amor es muy frágil. La presencia de la gracia lo purifica, lo consolida y lo eleva.

En medio del mundo de hoy es necesario sembrar este amor. Tiene que ser por esta visión y realidad sobrenatural: «Lo que Dios unió, el hombre no lo separe». En cierta manera puedo decir que este matrimonio no lo considero una cuestión mía, tengo que decir: mi matrimonio no es una cuestión mía, simplemente. Yo sé que el Señor me ha conducido, que el Señor me ha consolidado interiormente, que el Señor me ayuda. Y uno entiende que cuanto más se deja llevar de ese verdadero amor y más orienta ese verdadero amor, más se integra en el amor del Señor y es lo que unifica en el amor del Señor. Por eso hay que reconocer la presencia del Corazón del Señor. De ahí la frase del Papa, tan acertada: «Sobre todo os ha movido la gracia de Dios y el amor del Señor».

Hay dos concepciones del matrimonio: una materialista, la que llaman concepción moderna; y

una concepción de fe, y es lo que nos jugamos. La vida de fe no es cuestión de teoría simplemente, de abstracción, es de luz de fe sobre la vida real. Nos detenemos en esa visión de fe del matrimonio cristiano. Y teniendo esa visión de fe, no ignoramos los obstáculos de ese matrimonio. En el caso de la Virgen y san José, modelos para nosotros, tienen también sus momentos de crisis.

Las crisis que amenazan al matrimonio son de diversos tipos, y las vemos tipificadas en el evangelio, en la Virgen y san José. La primera crisis, que podríamos llamar de alguna manera, de confianza: las dudas de san José. Cuando Dios interviene en aquel matrimonio y tiene lugar la Anunciación de María, inmediatamente surge entre ellos un momento de angustia, de dificultad. ¡Para que entendamos los caminos del Señor! Nosotros imaginamos que siempre que entra el Señor, lo pacifica todo, lo arregla todo, lo ilumina todo y todo así. ¡No es verdad! Entra el Señor en la Anunciación, de esa manera única en la Virgen, y el resultado es el problema familiar, las dudas de san José.

El Papa, refiriéndose a este camino de dudas, de problemas que surgen, decía estos pensamientos: «El matrimonio es efecto de la vida de la gracia que obra en la existencia de los esposos, brinda un gran consuelo en las responsabilidades que os esperan como primeros educadores de vuestros hijos». En las responsabilidades uno tiene que recordar: mira, tenemos una misión: el Señor ama en nosotros, está en medio de nosotros, pues vamos a asumir las

responsabilidades confiando en esa gracia del Señor. Segundo, «también en las alegrías castas y profundas de la unión de los dos», en esa unión de los dos, en ese amor mutuo está Cristo. Está en el ambiente de la vida eterna, están viviendo la vida eterna. «Y también —concluye— en los momentos de prueba», que también son normales. Las responsabilidades, las alegrías, las pruebas, eso es común, no es solo de algún matrimonio al que le pasa eso. Y dice todavía: «El amor, si se abandona a las meras fuerzas humanas no resiste a las dificultades; ante esas dificultades acaba por ceder. Pero si está enraizado en Dios, sabe permanecer fiel y templarse en la prueba». Esto es lo que es fundamental para la vida de matrimonio.

En el caso de la Virgen, viene ese punto primero, las dudas de san José: una turbación invade el corazón de la Virgen y de san José, con ese matiz que podríamos llamar de desconfianza mutua, al menos una cierta amenaza por no saber lo que él tiene que hacer, cuál es su misión en ese momento. Probablemente tenemos que decir que esas dudas no se fundan en que él dudara del origen del Niño que María había concebido, sino de su misión respecto de ese misterio que había sucedido en la Virgen, del cual él se consideraba indigno. Pero es una primera crisis que ellos tratan de resolver de la manera más delicada, quizás siguiendo las pautas que veían escritas en los libros de la Sagrada Escritura. La interpretación que hay que dar, leyendo el texto de san Mateo, tendríamos que expresarla de esta

manera: No es que él quisiera repudiarla ocultamente, la frase habría que entenderla así: cuando él conoció —porque se lo dijo probablemente Ella misma— el hecho de la concepción virginal del Hijo de Dios, se quedó incierto: ¿qué hacer, porque no es digno de tener en su casa a la Madre de su Señor? Él se siente un pobre hombre. Entonces, la expresión: «Su esposo José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto». No es exactamente repudiar. Habría que decir: no que le diese libelo de repudio, que era una de las posibilidades que le quedaban, para no cometer esa irreverencia de tener en su casa a la Madre del Señor. Pero claro, al dejarla así en público, la delataba. Y eso no lo quería hacer. Entonces decidió enviarla en secreto. Probablemente se puede unir a la visita a su prima Isabel, es decir: —Pues vete a casa de Zacarías, sacerdote, ellos entenderán el misterio. Porque han sido objeto también de una gracia especial de Dios, engendrando a ese niño, cuando ya no se esperaba humanamente, Juan Bautista, que va a nacer dentro de poco. Ellos te tratarán dignamente, porque un sacerdote del templo será el que te reciba en su casa. Pero, esto lo decide José con un inmenso dolor. ¡Esta es la crisis tremenda de este momento! Y decidió que se fuera allí a la montaña, a Ain—Karim, pero con incertidumbre de su parte, sin saber si actuaba bien, si era lo que tenía que hacer.

Ya ella se va y es cuando tiene lugar la Visitación de su pariente Isabel y cuando el ángel le anuncia a José: —No temas recibir y tener en tu casa

a María, tu mujer, porque aun cuando es verdad que lo que ha concebido es del Espíritu Santo, tú tienes una misión que cumplir. Tu misión es ponerle el nombre de Jesús. Tú vas a ser su padre, padre legal. Por lo tanto sí, el Señor te ha escogido a ti para esa misión. Esta es la entrada en el mundo del misterio del Señor. Ahí entra con la sencillez que él tiene. No le han dado ninguna formación especial ni le han hecho hacer cursillos especiales ni sacar un título de... ¡Nada!, en su misma sencillez va a encargarse del Verbo de Dios y de su Madre. Y él lo acepta con la misma sencillez admirable. Tenemos ahí el ejemplo de una crisis interior, angustiosa, de esa unión, en la que ellos sufren mucho, y en la que Dios calla. Dios no es charlatán. Dios calla y eso a veces nos saca de quicio. Creemos que Dios debería intervenir enseguida. Y no, Dios sabe lo que hace, sabe cuándo debe intervenir. Y en su momento Él dice su palabra, muchas veces una palabra sencilla pero que ilumina, aclara y compensa toda la oscuridad anterior pasada. Ese es un caso. Casos así, de una manera o de otra pueden darse en la vida del matrimonio también. Es camino de prueba, prueba de fe.

Otro caso es cuando la molestia o dificultad viene de fuera. Es menos molesto porque incide sobre un amor fuerte, una unión firme, establecida. **Cuando los esposos están unidos, las dificultades exteriores les unen más.** Es el caso de la persecución de Herodes, cuando tienen que ir a Egipto al destierro, y allá van, unidos. En los

problemas que vienen de fuera, se unen más íntimamente entre ellos. Otro es el problema causado por los hijos: cuando Jesús se queda en el templo a los doce años y es para ellos un dolor tremendo en la vida familiar. Ellos lo buscan con dolor, y Jesús al final les dice: «¿Por qué me buscabais?, ¿no sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre?». Y entonces se vuelve con ellos a Nazaret y les estaba sometido. Veis, tenemos tipos de pruebas que pasaron ellos también.

El Papa Juan Pablo II en la Encíclica sobre la Virgen, ha presentado a María de una manera audaz. Supuso una toma de posición respecto a ciertas corrientes teológicas: no la presentó como si tuviese la visión beatífica y siempre tuviese claro lo que tenía que hacer y no tuviera problemas interiores, sino presenta a María pasando las oscuridades de la noche de la fe, y recalca que María pasó muy malos ratos. En todos esos momentos, Ella sintió también la oscuridad de la fe, y la debió sentir de muchas maneras, y —como dice el Papa— «la fatiga del corazón». Es entonces muy probable y muy posible que también dentro del matrimonio haya esas pruebas y oscuridades de la fe, que a veces nos den la impresión de que no existe la dimensión de misterio, que no existe esa grandeza. Porque lo ve uno tan al nivel de lo material, de lo inmediatamente práctico, que se acuerda uno más de la solución inmediata que quiere encontrar a toda costa, que de la riqueza del contenido de la familia, del matrimonio cristiano. Pues bien, podemos considerar todo esto:

¿Cuáles son los motivos por los que suele ir deteriorándose, cuáles son las fuentes de distanciamientos en el matrimonio?

En el proceso del amor, el Papa en aquel discurso dice: «Los esposos cristianos saben que toda clase de amor, pero de modo especial el conyugal, debe encontrar en el don de sí mismo su principio y su ley, y para poder dar la felicidad que promete», es decir, **la felicidad del matrimonio está en el darse, en el don de sí**. Ahora bien, esto es lo opuesto al egoísmo. El egoísmo pretende que el otro se me dé, la caridad pretende darse al otro, y ahí suele estar el principio corruptor del misterio del matrimonio. El principio del egoísmo, de la reserva, de la búsqueda de la propia comodidad, de lo más cómodo para uno, del propio placer y el afán de que la otra parte sea instrumento de mi amor egoísta, se ponga al servicio de mi amor egoísta, corrompe lo que es la riqueza del amor matrimonial. El punto clave está en que el amor es donación de sí, el amor nunca domina, nunca subyuga, el amor se somete, se hace servicial. Ahí está —a mi parecer— el punto delicado, donde se nota la falta de ese amor. En el mundo de hoy, el mismo matrimonio no se concibe como donación de sí sino como contrato limitado de los dos: lo principal es que nosotros podamos tener unión carnal de vez en cuando, que lo aseguremos, que yo tenga seguridad de que se puede hacer; los bienes, cada uno reserva los suyos; yo tengo mi ideal, tengo mi profesión y mi manera de vivir y eso no estoy dispuesto a dejarlo. El

otro también tiene su manera, que tampoco está dispuesto a dejar y, se unen en matrimonio. Pero eso no es el matrimonio cristiano, no es la unión de Cristo y de la Iglesia. La unión de Cristo y de la Iglesia es Cristo que da su vida por ella y la Iglesia es la Iglesia que ama a Cristo. Y ese es el gran misterio del matrimonio como tal, este misterio es grande, yo lo digo por eso, por el amor de Cristo y de la Iglesia. Fijaos que ahí está lo difícil, y ahí el egoísmo corroe continuamente lo hermoso del matrimonio que es un darse, ser del otro. Pero ser de otro que a su vez es mío. Esto es lo bonito: No es darse a otro que es un déspota o que me domina, me doy a uno que a su vez se da a mí. Y claro, cuando uno lo plantea así, como es la verdad: darse uno, ponerse al servicio de quien a su vez se pone a mi servicio, es lo que es misterioso, no es inteligible humanamente. Y entonces dicen: hombre, es que si yo me pongo al servicio del otro y el otro al servicio mío, ¿quién manda? Es que no es tanto mandar. Cualquiera de los dos debe orientar. Pero la postura del otro no es la de imponerse —esto es fundamental— sino ese respeto del misterio y esa prontitud de agradar, de buscar ese servicio y nunca de reafirmar la propia superioridad. Por eso el matrimonio como verdadero amor, tiene que estar impregnado de humildad. Y el gran enemigo del matrimonio es la soberbia, que cada uno de los esposos puede blandir con sus matices propios: a ver quién manda en casa, a ver quién determina las cosas. Es una postura de exaltación de sí, de

subyugación de los demás, que corrompe ese amor del matrimonio.

Pero hay otra serie de fuentes que van desembocando en el egoísmo. Suelen ser pequeñas cosas más bien superficiales, pequeñas incomprensiones, y cuando surgen esas susceptibilidades, muchas veces la reacción no es proporcional al volumen de lo que ha causado esa susceptibilidad sino mucho más grave, y aquí está el peligro. Porque en el campo del amor se reavivan todos los complejos que uno tiene dentro. Precisamente se reavivan en el campo del amor. Ahí es el campo de la fragilidad del hombre. Por eso, cuando hay un comportamiento que hiere la susceptibilidad, produce una reacción irracional, desproporcionada. Quiere decir que ha tocado un punto que ha hecho explotar una mina que había dentro. Por eso, en el matrimonio tiene que haber una conciencia de que el Señor me ha escogido a mí como instrumento para ayudar a la santificación de la otra parte. Es así: yo quiero ir a la santidad y ayudar, con un servicio de amor verdadero. ¡Mutuamente ayudarse! El trabajo suele constituir una especie de modelación del uno y del otro. Se van modelando. Y ese trabajo no termina hasta la muerte, es un trabajo continuo, Como decíamos, esa comunión de vida así, vivida en el plan de Dios, es eterna. Es una comunión de vida eterna. Las ha unido el Señor, son almas preferidas por El, para que se modelen, se perfeccionen, se fundan, teniendo en medio de sí el

amor de Cristo que les une, les eleva, les purifica y les consolida.

5.- Santo del Mes

2 de agosto

SAN PEDRO FABRO

El Padre ha transmitido el cariño a los primeros jesuitas. Conocía su vida y tenía trato amigable con ellos. En su predicación, con asiduidad, hablaba de ellos. Así son muchas las referencias a san Pedro Fabro, que como pinceladas esparcía en sus pláticas. Recogemos algunas de ellas.

1.- EJERCICIOS AMIGOS EN EL SEÑOR 2007 (nota introductoria).

Los Ejercicios no son para provocar una primera conversión. No los concibió san Ignacio con esa intención. De hecho, a Pedro Fabro, Ignacio le preparó en las cosas del espíritu, y después de cuatro años de trato con él y de maduración espiritual, le admitió a hacer el mes de Ejercicios.

2.- EJERCICIOS AMIGOS EN EL SEÑOR 2007.

Y hay que usar mucho lo que san Ignacio enseñaba y Pedro Fabro practicaba, que era maestro de conversación. Decía san Ignacio que creía que no resistía un pecador una conversación con Fabro sin

convertirse, porque realmente era encantador. Le dio los Ejercicios a san Pedro Canisio, que entró en la Compañía. Y por todas partes que iba, fue dejando esa semilla.

3.- EJERCICIOS SEMINARISTAS MOTA 2000.

A eso se refería uno de los primeros compañeros de san Ignacio, el beato Pedro Fabro. Fabro es una figura muy digna de conocerse, de leerse, y tiene un 'Diario Espiritual' que es muy bonito, muy bueno. Contempla en todo a Dios, ve en todo a Dios, y va anotando cosas muy buenas.

Pues bien, este beato Fabro, compañero, de los primeros compañeros de san Ignacio que, según juicio de san Ignacio, era el que mejor daba los Ejercicios, de todos ellos, de los compañeros, era Fabro. Era notable Fabro. Tenía un don de gentes... Porque hablaba, la conversación, tenía una conversación encantadora, encandilaba a cualquiera. Decía san Ignacio que dudaba mucho que un pecador resistiera sin convertirse una conversación con Fabro, ¡porque tenía un don! Predicaba horrible, era un ladrillo, un tostón de predicación., pero de conversación... ¡Y cómo daba los Ejercicios! En la conversación de los Ejercicios, pues era encantador.

4.- EJERCICIOS COMPAÑÍA DE MARÍA.

Y Fabro, escribiendo en nombre de todos los compañeros el año 1538 al profesor Gouvea, portugués, que les había conocido a todos ellos en París y les tenía mucho cariño... y les había escrito diciendo que se fuesen todos a Indias portuguesas, que allí había mucho... ¡Y eran un grupo de diez! Le contesta Fabro en nombre de san Ignacio y dice así: «La misma distancia de la región aquella de las Indias no nos asusta, ni tampoco el trabajo de aprender lenguas. Solo se haga lo que más agrada a Cristo. Id quod maxime Christo placeat». Aquí tenemos la expresión: «A mayor gloria de Dios, a mayor honra de Dios», lo que más agrade a Jesucristo, que disponga de nosotros. Si quiere que vayamos a la India; lo que más a Él le agrade.

Y en el memorial de Fabro, hablando de su ofrecimiento al Papa decía así: «Se ofrecen en holocausto al Papa; para que viese en qué podamos servir a Cristo, para edificación de todos los que están bajo la potestad apostólica». Servir a Cristo, agradar a Cristo, servirle en todo.

5.- EJERCICIOS RELIGIOSAS.

Todo es finura en el Corazón del Señor, y es el juicio verdadero que tenemos sobre las cosas: el juicio del Señor. Y no hay nadie humanamente que sea tan benigno y tan comprensivo como Dios. Se comprende que dijera con tanta fuerza el Beato Pedro Fabro: «El día del juicio prefiero que me juzgue Jesucristo que no mi madre, porque me comprende mejor y es

mucho más bueno y me quiere muchísimo más que mi madre».



LUIS MARÍA

MENDIZÁBAL OSTOLAZA, S.J.

Oración para la devoción privada

Dios Padre misericordioso, que quisiste revelarnos la profundidad de tu amor en el Corazón de tu Hijo: el mismo Corazón que modelaste en las entrañas de la Virgen María por medio del Espíritu Santo, que fue traspasado en la cruz y que ahora permanece vivo y palpitante en la Eucaristía.

Tú concediste al P. Luis M. Mendizábal, jesuita, un conocimiento ardiente y una vivencia profunda del misterio del Corazón de Cristo, e hiciste de él un infatigable apóstol, padre y maestro espiritual.

Concédeme, por su intercesión, buscar en todo tu mayor agrado, ser siempre bueno con todos, colaborar con tu Hijo Jesucristo en la redención del mundo y, si es tu voluntad, el favor que te pido (pídase).

(Padrenuestro, Avemaría, Gloria)

De conformidad con los decretos del papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica, y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

BREVE BIOGRAFÍA

El padre Luis María Mendizábal Ostolaza S.J. nació en Vergara (Guipúzcoa) el 4 de junio de 1925. Ingresó en la Compañía de Jesús en Loyola el 28 de agosto de 1940, fue ordenado sacerdote en Innsbruck (Austria) el 25 de julio de 1952, e hizo los últimos votos el 15 de agosto de 1958.

Formado en las Facultades de Teología de Sant Cugat (Barcelona), Innsbruck (Austria) y Gregoriana (Roma), con apenas 31 años fue destinado como profesor de Teología Espiritual a la Universidad Gregoriana de Roma (1956-1970). En esta época trabajó relación con algunos teólogos y padres conciliares, y se extendió pronto su fama como magnífico confesor y consejero espiritual.

Posteriormente, compaginó su actividad docente en Roma con nuevas tareas en España: fue instructor de jesuitas de Tercera Probación en Gandía (1966-1969), y dedicó muchos años al Apostolado de la Oración (1969-1994) del que fue Director Nacional, al tiempo que dirigió la revista Reino de Cristo. Colaboró en la formación espiritual de los candidatos al sacerdocio en el Seminario Diocesano de Toledo. Fue confesor en la iglesia de los jesuitas en Toledo (1994-2011), y los últimos años los vivió como colaborador en la enfermería de la residencia de jesuitas de Alcalá de Henares (Madrid), donde siguió atendiendo hasta el final de su vida a cuantos se acercaban para buscar su consejo espiritual.

Director de cientos de tandas de ejercicios espirituales e incansable apóstol del Corazón de Cristo, falleció en Alcalá de Henares el 18 de enero de 2018 a los 92 años de edad, dejando una huella imborrable en los que le trataron por su fervor espiritual, alegría profunda, misericordia entrañable y celo apostólico.

Se ruega comunicar los favores recibidos por su intercesión a:

- Causa Padre Mendizábal (calle Alfonso XII, 1. 45002 - Toledo).
- favores@padremendizabal.com
- Más información: www.padremendizabal.com

Con licencia eclesiástica